

# MAURO FERNÁNDEZ ACUÑA Y EL HUMANISMO EN COSTA RICA<sup>1</sup>

Dr. Eduardo E. Saxe Fernández

Resumen: En este artículo primero critico la noción cristiana y capitalista de “humanismo” y luego planteo una posible interpretación más positiva, pero provisional, de ese concepto como “lucha contra” dogmatismos y supersticiones. Enseguida considero la obra de Mauro Fernández Acuña y la defiendo de las falsas acusaciones lanzadas sobre todo por grupos e ideólogos católicos en Costa Rica.

Palabras clave: Mauro Fernández.

Abstract: In this article I first criticize the Christian and capitalist notion of “humanism”, and then I present a possible, more positive but provisional interpretation of this concept, understanding it as a “struggle against” dogmatism and superstitions. Then I consider Mauro Fernández Acuña’s accomplishments and defend him from the false accusations presented mostly by Costa Rican Catholic groups and ideologists.  
Key words: Costa Rican humanism, Mauro Fernández.

## I. Crítica al “humanismo occidental”

El llamado “humanismo” querría presentarse como una práctica y una comprensión de la vida como “buena, justa y bella”. Se le atribuye a la civilización llamada “Occidental”, que en nuestra época podemos definir como cristiana y capitalista. Se trataría de la civilización que habría “llevado al mundo” esa visión y aquel anhelo de perfección de vida. Humanos (“hombres” todavía denominados) que se dedican a vivir poéticamente la existencia, como pedía el poeta alemán, con una tremenda vida en dos sentidos: contemplativa y creativa en todos los ámbitos del conocimiento y las artes, y vida activa en la política, la guerra, la economía y la sociedad. Seres perfectos, supermen, hombres ideales e idealizados. Se trata, claro, de la autojustificación y autoidealización del patriarcado cristiano capitalista, tanto como

---

<sup>1</sup> Una primera versión de este artículo fue presentada como conferencia en el Centro de Estudios Generales de la UNA, 17/08/09.

de la mampara cultural ideológica para cubrir las brutales verdades de esta civilización, en su proceso de conquista del planeta.

Basta que recordemos la ferocidad inhumana característica de los momentos civilizatorios más paradigmáticos del cristianismo y del capitalismo, como son la esclavitud y las guerras de la Atenas de Pericles, de Sócrates, Eurípides, Fidias, Platón, Demóstenes y el mismo Aristóteles. O los guerreros humanistas romanos del fin de la República como Cicerón o del Principado como Séneca; por no mencionar los momentos cristianos con la tragedia del mismo hijo de Dios encarnado, o en fin, los humanistas renacentistas europeos, organizados alrededor de la belicosa imitatio ciceroniana del catolicismo italiano frente a la pacífica imitatio eclectica erasmiana y protestante.

Europa y la civilización occidental, se autodefinen como humanistas al propugnar un ideal y una vida humana definidas por sus propias normas sociales y hábitos socio personales. Esta humanidad y esa paz entre hermanos cristianos (católicos y protestantes) que fuera defendida por el sabio de Róterdam, en la historia de esa civilización evolucionó a través de Kant, pero siempre bajo el signo de la guerra, hasta su culminación en las decenas de millones de muertos de la II Guerra Mundial (1939-1945) y los bombardeos atómicos de Estados Unidos contra la población civil de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki a principios de agosto de 1945. El régimen de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) desterraba la guerra de la política internacional, declarándola ilegal; la situación internacional era de paz, desde la paz fundamentada en la Declaración Universal de los Derechos Humanos que aceptaban e interpretaban divergentemente los Estados Unidos y la Unión Soviética. Seguían a Kant, y se afirmaba el derecho sobre la guerra. En esta línea de pensamiento pacifista sobre el sistema internacional y la convivencia humana basada en el respeto mutuo, podemos ubicar a Mauro Fernández Acuña, quien se deslindaba de creencias supersticiosas en trasmundos y más bien afirmaba: "Todos debemos creer en algo. Yo creo en el derecho... Creo en el futuro triunfo del derecho; por ahora, es cierto que aún rige el derecho de la fuerza... el cual es transitorio" (Rodríguez, 2009).

Con el hundimiento del socialismo soviético, han emergido una vez más las posiciones que postulan una situación internacional nuevamente de guerra como entorno determinante de las relaciones entre estados, naciones, sociedades y personas. Igual sucede con los imaginarios actuales, inter alia, cargados intensamente de tanatofilia. Así entonces, entre las últimas formas de "humanismo" encontramos justificable asesinar al asesino, hacer la guerra contra "grandes violadores de los derechos humanos", incluyendo atacar blancos prohibidos por las convenciones del derecho de guerra, tales como infraestructura civil (incluyendo energía y abastecimiento de agua) y la misma población civil "adicta" al régimen atacado. Tal el caso de Serbia y en general de la antigua Yugoslavia, durante la década de 1990. "Guerras humanitarias" que entonces tergiversan lo fundamental de los principios pacíficos de la Carta de la ONU<sup>2</sup>. Como en la antigüedad helena, hoy también se consideraría a quienes representan un su-

puesto “orden”, de forma similar a como se calificaba al hombre divinizado, Heracles: “el más justo de los asesinos”.

En esa traición a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en los retrocesos históricos implicados, juegan nuevamente gran papel los odios religiosos, tratándose de conflictos enconados entre tres religiones monoteístas, cada una de las cuales se autoproclama la única verdadera y por tanto, dedicada a excluir y a eliminar violentamente todas las personas que no sean creyentes de esa determinada fe. Son los casos del actual genocidio practicado por los judíos sionistas contra el pueblo de Palestina, y de las guerras santas que libran los fanáticos asesinos musulmanes contra los fanáticos asesinos cristianos: Bin Laden y George Bush II son solamente dos imágenes en las dos caras de una misma moneda de odio y exclusión infinitos.

## II. ¿Es posible algún “humanismo crítico”?

Entonces, el “Humanismo” es una categoría analítica difícil de precisar particularmente en sentido progresista, e incluso dentro sus alcances limitados en esos “momentos y lugares paradigmáticos” del Occidente europeo, cristiano y capitalista. Sin embargo, cabe destacar que ese mismo movimiento humanista propio de la civilización Occidental, ha mostrado tener una orientación liberadora que se prolongaría en los movimientos ilustrados y en las luchas decimonónicas y del mismo siglo XX, a favor del conocimiento “científico” y contra el dogmatismo y el oscurantismo religioso clerical, por el deseo de superar los horizontes civilizatorios y culturales del medioevo. El humanismo occidental renacentista propugnaba, frente al geocentrismo de la teología escolástica medieval y el cánón eclesiástico de la prosa, que imitaba el pobre latín tardío de los santos padres y el simple vocabulario y sintaxis de los textos bíblicos traducidos, el antropocentrismo y los studia humanitatis, una formación íntegra del ser humano en todos los aspectos, fundada en las fuentes clásicas grecolatinas, muchas de ellas recién descubiertas entonces, gracias al trabajo de Averroes y otros filósofos árabes, y a la búsqueda de manuscritos antiguos por eruditos humanistas en los monasterios de toda Europa.

De manera que, un elemento a considerar para determinar si alguien o algún pensamiento es “humanista”, entonces, radica en su proporcional alejamiento de posiciones dogmáticas y autoritarias, fundadas en creencias religiosas y sistemas teológicos. En este sentido podemos considerar a Mauro Fernández Acuña, en una primera aproximación, como humanista “crítico” o “contestatario”, en tanto partícipe directo e indirecto de acciones y posiciones ideológicas y políticas, adversas a la continuidad del poder eclesiástico católico sobre el sistema político y jurídico del país costarricense, herencia del Período Colonial.

<sup>2</sup> Véase el importante ensayo de David Sánchez Rubio (2003) sobre la incompatibilidad entre derecho humanitario y derechos humanos, y guerras de “intervención humanitaria”.

Pero volviendo a las precisiones sobre el “Humanismo” por un momento más, conviene señalar que la construcción teórica e ideológica del “Humanismo” en tanto idiosincrásico de Occidente y del cristianismo y el capitalismo, puede ser rescatada parcialmente, e invertida críticamente, al menos heurística y provisionalmente, y comprenderlo como: procesos de luchas individuales y sociales (incluyendo procesos artísticos y científicos) para que todo/as lo/as humano/as sean lo más plenamente posible aquello que buscan ser.

En este sentido es que consideramos “humanistas” a quienes luchan contra los dogmatismos religiosos, en este caso contra el oscurantismo autoritario del catolicismo que dominara la Época Colonial Iberoamericana. Consecuentemente, ser “humanista” durante la segunda mitad del siglo XIX era, por ejemplo, resistir la dominación inglesa en la India y el imperialismo en general, como lo hacían el positivista Herbert Spencer en Inglaterra o el krausista José Martí en Cuba.

El sistema filosófico ideado por Karl Krause fue adoptado por Mauro Fernández Acuña en algunos alcances. Los krausistas intentaban conciliar el teísmo y el panteísmo considerando que Dios, sin ser el mundo ni estar exclusivamente fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende. Identificaban la moral con el derecho natural y propugnaban una federación universal como ideal de la humanidad. Las implicaciones pedagógicas de la filosofía krausista obligan a poner en contacto directo al alumnado con la naturaleza y con cualquier objeto de conocimiento (de ahí la importancia de las clases experimentales y de las excursiones), así como establecer un gradualismo desde los gérmenes de cada disciplina de conocimiento hasta la suma complicación e interconexión de los niveles superiores. Por otra parte, es fundamental en el krausismo tanto como en el pensamiento de Mauro Fernández Acuña, la laicidad y la creencia no dogmática en un dios ajeno a reglamentaciones de ningún tipo.

También era “humanista” entonces Mauro Fernández Acuña, en tanto admirador de Spencer e inspirado en él (y a quien conociera en 1890), y nuestro reformador de la educación era igualmente compañero de Martí en su apreciación positiva de varios aspectos del krausismo español.

Mauro Fernández Acuña escribió un tratado, *Los sentidos y el intelecto* (1870, aumentado entre 1879 y 1872), en el que defendía a Spencer de los ataques lanzados por Alexander Bain. Señalemos, de paso, que ésta y otras obras de Mauro Fernández Acuña “se perdieron”, supuestamente durante el terremoto de Cartago, pero acaso podrían haber sido destruidas por sus enemigos de la iglesia católica –como se dice que Platón, *ceteris paribus*, compró y mandó quemar toda la obra de Epicuro.

### III. Contexto histórico y significado de la educación

Mauro Fernández Acuña pertenecía a aquella que hemos denominado “oligarquía clásica” de la segunda mitad del siglo XIX, compuesta por una elite político militar fundada

en el control local de la economía y en la subordinación a los centros imperialistas, y que, al mismo tiempo, trataba de consolidar estados nacionales independientes en la antigua América Española y Portuguesa<sup>3</sup>. Surgía América Latina fragmentadamente y por consiguiente débil, al desintegrarse los virreinos coloniales de Perú y México sobre todo, y con las excepciones de Brasil, Argentina y Chile (que aumentaron sus territorios a costa de estados vecinos). Las luchas por la construcción nacional implicaban sustituir los imaginarios coloniales por nuevos imaginarios centrados en las nociones de “Estado” y “Nacionalidad”. No se trataba de nada diferente de los procesos que se desarrollaban en el mismo Estados Unidos (que termina de unificarse solo después de su sangrienta Guerra Civil de mediados de ese siglo), así como en Alemania e Italia. Las oligarquías decimonónicas latinoamericanas, incluyendo la costarricense, establecieron a la educación como fundamento de ese proceso de construcción nacional. Se trataba de la educación “pública”. La educación era la noción preferida (junto con la de “progreso”) de los ideólogos de ese “Estado” “Nacional”, puesto que sería construido mediante una integración psicosocial educativa, alrededor de esos mismos dos horizontes ideológico políticos. Además, no solamente existieron en teoría “Estados Nacionales” y “Sistemas Nacionales de Educación”, sino que se pusieron en práctica. En este caso, Mauro Fernández Acuña es quien en nuestro país representa tal esfuerzo de la oligarquía “clásica” para construir un Estado Nacional, suyo, por supuesto, articulando un proceso educativo de alcance nacional y controlado por el Estado, no por personas privadas o por corporaciones religiosas. Actuaba nuestro reformador de forma similar a como actuaban Justo Sierra en México y antes el mismo Sarmiento en Argentina, proponiendo que el “Progreso” (noción que hoy, todavía tiene vigencia, pese a su sinsentido, llamándosela “desarrollo”) sobre todo en sentido humano y específicamente político, depende de la educación que cada quien posea o sea. La ciudadanía y la participación política, consecuentemente, quedaban supeditadas a los varones, propietarios, y alfabetos. El argumento continuaba aproximadamente de esta manera: Para que la población “popular” argentina o mexicana o costarricense logre pasar del analfabetismo al alfabetismo, es decir, disponer de medios para poder tener conciencia y, por tanto, ser capaz de participar con responsabilidad en procesos electorales y legislativos, hace falta que el estado siga ayudando a la alfabetización y que mientras se prepara esa futura ciudadanía, mantenga el orden y el imperio de la ley. En ese sentido, el discurso justificaba las dictaduras de Porfirio Díaz o Tomás Guardia, por ejemplo.

Hay que señalar, adicionalmente, que prácticamente todos los diferentes procesos o empeños por orientar la región latinoamericana en sentido estratégico, han seguido considerando a la educación como fundamento nodal de su propuesta. Tal es el caso de la república nacionalista populista que sucede a esa oligarquía clásica durante la primera mitad del siglo XX, con José Vasconcelos en México como epítome ejemplar.

<sup>3</sup> Véase nuestra obra *La nueva oligarquía latinoamericana: ideología y democracia* Heredia: EUNA, 1999.

También la educación fue considerada fundamental en los procesos revolucionarios, por ejemplo en Cuba, Nicaragua o Chiapas y actualmente en Venezuela o Bolivia; y algo similar aunque hacia el lado opuesto ha ocurrido con las oligarquías tardías recientes, que han enfatizado la privatización, la extranjerización y la adhesión religiosa en la educación latinoamericana.

#### IV. Aportes de Mauro Fernández Acuña y refutación de sus críticos

Algunos testimonios de distinguidos estudiosos e intelectuales costarricenses pueden resumir la obra de Mauro Fernández Acuña en el campo de la educación. Joaquín García Monge, en 1920 encontraba en

(...) el ministerio de instrucción pública, estos dos rasgos típicos de don Mauro: su entusiasmo por la causa de la educación popular y su laboriosidad. Su gestión ministerial: sacar la enseñanza de la rutina, de la trilla memorizante en que vivía. Consecuencias: -estableció la escuela normal; -reformó la legislación escolar de Costa Rica sobre la base de la argentina, de los colegios de Sarmiento. Con una diferencia importante: el capítulo de las inspecciones de escuela, redactado por don Buenaventura Corrales. De la ley argentina le interesó mucho el nombramiento de las Juntas de Educación, porque en ello veía una forma de la intervención democrática de la enseñanza. -Introdujo algo nuevo en Costa Rica: las bibliotecas pedagógicas, hijas de su entusiasmo y al servicio de los maestros. Entonces habían en el país dos modestísimas librerías, casi limitadas a la venta de devocionarios. -Fundó el Almacén escolar. -Daba conferencias, hablaba a los inspectores, asistía a las escuelas; andaba en todo. El gran mérito de los programas de don Mauro: introducía la enseñanza racional. Se empeñó en que se hiciera el mapa de Costa Rica. En provecho de la educación no escatimaba gasto alguno. Estableció becas en el exterior. Fundó la revista *El Maestro*. Reorganizó las conferencias pedagógicas establecidas en Costa Rica por Julián Volio. Fue muy amigo don Mauro, de premiar los servicios de los que trabajaban en la enseñanza. Siempre estimuló don Mauro a los laboriosos, a los autores de libros, etc. (García, 2005: 259).

Sin embargo, Joaquín García Monge se lamentaba por el cierre de la Universidad de Santo Tomás, que consideró un error de Mauro Fernández Acuña.

Por su parte, el poeta, profesor y político costarricense Isaac Felipe Azofeifa, desde la perspectiva del nacionalismo populista, resume su visión de Mauro Fernández Acuña, indicando que durante su gestión al frente del ministerio correspondiente buscó:

Crear un sistema educativo que desde el kindergarten hasta la universidad opere movido por un solo impulso. Esta idea, constante a través de todo su trabajo de reforma, es la de mayor trascendencia entre todas, porque determina no solo su estabilidad sino también su característica genuinamente democrática. Paso a paso, año tras año, sin un punto de desaliento, sin una vacilación, en perfecta secuencia, en el modo ordenado

que era su cualidad personal más relevante, va a ir creando su sistema de educación nacional... (su obra) es sin duda la más brillante realización del siglo XIX y ahora, es el gonfalon de proa de nuestra nacionalidad... Los maestros que trabajaron con don Mauro son hoy ya memoria gloriosa de nuestra nacionalidad. Buenaventura Corrales, Miguel Obregón, Carlos Gagini, Valeriano Fernández Ferraz, Félix Mata Valle, Alberto Brenes Córdoba, Porfirio Brenes, Nicolás Oreamuno, Pedro Pérez Zeledón y aquellos notabilísimos maestros suizos Schonau, primer director del Liceo de Costa Rica, Biolley, Pittier, Tonduz, Michaud (Azofeifa, 1975: 21 y 62-63).

Se “olvida” Azofeifa de las mujeres que también jugaron papeles protagónicos en esa aventura educativa, en primer término la misma cuñada de Mauro Fernández Acuña y primera directora del Colegio de Señoritas, la inglesa Mariam Le Capellain.

Una última y penetrante imagen la ofreció el filósofo Constantino Láscaris Comneno, para quien Mauro Fernández Acuña fue “el político que acertó a hallar fórmulas coincidentes con la idiosincrasia del país” (Láscaris, 1965: 189).

Tanto Azofeifa desde el nacionalismo populista como Láscaris desde el liberalismo, creen poder caracterizar lo más importante de la idiosincrasia nacional costarricense, en términos de ese apego a la nación suscitado por el proceso educativo. Hoy, después que la actual oligarquía tardía ha buscado por todos los medios destruir ese estado nacional, y con él la educación pública nacionalista, no podemos caracterizar la idiosincrasia costarricense como fundada todavía en el binomio educación-nación, sino que ahora se asienta en un individualismo mercantil cristiano que blande el nacionalismo para seguir ocultando su ignorancia y provincialismo, y para justificar, paradójicamente, su abyecta veneración a la apropiación extranjera del territorio y de la nación misma<sup>4</sup>.

En un reciente análisis, indica Rodolfo J. Rodríguez que Mauro Fernández Acuña ha sido “vilipendiado por sus detractores, en particular, aquellos vinculados a ideologías y grupos de poder eclesiásticos, que no le perdonan entre otras cosas, haber cerrado la Universidad Pontificia de Santo Tomás” (Rodríguez, 2009: 1). Sostiene Rodríguez que han buscado desprestigiarlo mediante “ataques alevosos permanentes... en contra de la obra

secularizante de Mauro Fernández, como lo fue la instauración de un modelo secular para la Educación Primaria y Secundaria costarricense (se fundan y se financian los Liceos con perfil francés, en vez de Colegios con perfil escolástico), y particularmente el cierre de una Universidad Pontificia, como lo fue la de Santo Tomás” (Rodríguez, 2009: 2).

Uno de estos ataques es la opinión publicada en 1992, de Arnoldo Mora Ro-

<sup>4</sup> Tanto en México como en Costa Rica, por ejemplo, la privatización y extranjerización de los activos públicos se vio acompañada por campañas propagandísticas que incluían erigir gigantescas banderas de cada país en plazas y lugares de gran tránsito vehicular.

dríguez contra la obra de Mauro Fernández Acuña. Considera que la Universidad de Santo Tomás fue: “un logro notable de nuestra cultura ilustrada del siglo pasado”, y su cierre “...un hecho lamentable, por no decir una verdadera catástrofe para nuestra educación superior”. Tiene que reconocer este crítico, sin embargo, la continuidad de la enseñanza superior en las facultades, sobre todo Derecho, que siguieron funcionando. Luego agrega que Mauro Fernández Acuña debió: “...reformar la universidad, pero no cerrarla”. Sostiene su juicio argumentando una supuesta idiosincrasia nacional, en la que lo provisional se torna “definitiva(o)” (Mora, 1992: 122-123).

Sin embargo, está equivocado Arnoldo Mora Rodríguez en dos aspectos cruciales: primero, que la Universidad de Santo Tomás que “cerrara” Mauro Fernández Acuña ya no era la inicial institución ilustrada que concibiera José María Castro Madriz. Y segundo, que Mauro Fernández Acuña no buscó eliminar la educación superior en Costa Rica al cerrar y no reformar la Universidad de Santo Tomás. Es necesario, como hizo Eugenio Rodríguez Vega, ubicar correctamente a Mauro Fernández Acuña en los procesos históricos, indicando que no pudo terminar su período como ministro de instrucción pública.

La Universidad de Santo Tomás fue creada bajo la administración de José María Alfaro, mediante el decreto N.11 del 3 de mayo de 1843, y bajo la supervisión de José María Castro Madriz. Para este político e ideólogo costarricense,

“La libertad sin educación es casi ilusoria; y el derecho, porque no ha aprendido antes a ejecutarlo, viene a ser inútil. Así es que la idea de libertad sin poder, o lo que es lo mismo, sin ilustración o ciencia, parece un absurdo manifiesto” (Discurso de inauguración de Universidad de Santo Tomás, 25 abril 1844, citado por Rodrigo Facio Brenes, 1955).

A estos comienzos ilustrados que se orientaban hacia y desde la (“una”, “alguna”) “libertad”, siguió un período más prolongado bajo la tutela de la iglesia católica, en uno de los sucesivos vaivenes de mayor o menor dominio ideológico político de los sectores de la oligarquía costarricense, opuestos o favorables a la participación política de esa iglesia. Así, la Universidad de Santo Tomás fue tomada por la iglesia a partir del primer concordato firmado con el gobierno de “Juanito” Mora Porras, y con el apoyo del grupo que dentro de la oligarquía costarricense podemos caracterizar como “patriarcal colonial” (dirigido por grandes familias oligárquicas y la iglesia católica).

Según comentara el filósofo Luis Barahona Jiménez:

“Como quiera que la Universidad de Santo Tomás venía a recoger los últimos destellos de la universidad colonial, estructurada según el modelo hispánico de Salamanca, desde el principio siguió muy de cerca la constitución de la Universidad de San Ramón de León de Nicaragua...” (Barahona, 1976: 15).

De manera que la que supuestamente “se cierra” no es la universidad “ilustrada”

que se imagina Arnoldo Mora Rodríguez, sino una universidad católica, asociada con la correspondiente y poderosa iglesia.

Respecto al otro tema, Eugenio Rodríguez Vega, en *Cinco educadores en la historia* (2001), parece responder directamente la pregunta y refutar la acusación de Arnoldo Mora Rodríguez contra Mauro Fernández Acuña, culpándolo de dejar al país sin universidad durante medio siglo:

“Una crítica persistente que se ha hecho a don Mauro: ¿Por qué, en vez de suprimir la Universidad no la reformó? La explicación es muy sencilla: en este año de 1889 don Bernardo Soto se aparta de la presidencia de la República, el 7 de noviembre... Al día siguiente don Mauro renuncia y la propuesta reforma de la Universidad no puede realizarse” (Rodríguez, 2001: 56-57).

Conviene mostrar, además, a Rómulo Tovar, rememorando en 1916 que Mauro Fernández Acuña pensaba fundar una escuela politécnica: se concentrará en el estudio de las ciencias y de sus aplicaciones a la vida práctica (Tovar, 1916: *passim*).

El mismo Rodríguez Vega indica cómo sobrevivieron algunas facultades de la Universidad de Santo Tomás y cómo Mauro Fernández Acuña buscaba reforzarlas:

En 1889 continúan los esfuerzos de don Mauro en el campo educativo... Una ley del mes de marzo había organizado la enseñanza superior y profesional, estableciendo tres escuelas generales: Derecho, Ciencias naturales y Físico matemáticas, y Medicina; esta ley señala las materias de la Escuela de Derecho y de los cursos de Ciencias Sociales, Filosofía, Lengua y Literatura que esta Escuela podría abrir; indica también cuáles serán las materias de la Escuela de Ciencias Naturales y Físico matemáticas. En cuanto a la Escuela de Medicina, la ley indica que un Reglamento especial habrá de organizarla. Don Mauro no es partidario de una Universidad puramente académica, y así lo ha manifestado reiteradamente; sin embargo, una vez clausurada la Universidad de Santo Tomás, quiere sembrar dentro de la Escuela de Derecho, o a su lado, el germen de las Humanidades; entre los cursos que propone aparecen Lengua y literatura latinas, Lengua y literatura griegas, Literatura castellana, Literatura comparada, Filología y Filosofía, Ciencias históricas y Ciencias Sociales. Y dentro de su plan de modernizar la Escuela de Derecho, introduce en ella los estudios de Economía, Hacienda Pública y Filosofía del Derecho. Es obvio que don Mauro, hombre culto que conoce lo que se enseña y cómo se enseña en las universidades europeas y norteamericanas, no es un burdo positivista sino un hombre que es muy consciente de las limitaciones de la Costa Rica de su tiempo (Rodríguez, 2001, pp.55-56).

Más bien, señala Rodolfo J. Rodríguez, “el modelo de una universidad secular en Costa Rica, es una herencia de Mauro Fernández, por lo que la Universidad de Costa Rica le está en deuda por este logro” (Rodríguez, 2009: 2).

La otra acusación que se ha planteado reiteradamente contra Mauro Fernández

Acuña ha sido haber cerrado también la Escuela Normal. Ya aparece en el texto citado de García Monge y ha sido replanteada por ejemplo por J. R. Quesada (2005). Al respecto, la investigación de Vladimir de la Cruz y Jorge Mario Salazar Mora (2003) es aclaradora y muestra, aunque sin hacerlo explícito, la influencia de la cuñada de Mauro Fernández Acuña, Mariam Le Capellain, quien orientaba el Colegio de Señoritas y el programa de formación de maestras de primaria que constituía su enseñanza durante los primeros años. Ella había realizado las gestiones para localizar a un grupo de profesores suizos para hacerse cargo de la formación de docentes, hombres en el Liceo de Costa Rica, y mujeres en ese Colegio de Señoritas. A la acusación de haber clausurado la educación de quienes educan, observan que Mauro Fernández Acuña se mantenía “al día” en teorías y estrategias educativas, no solamente las europeas que tenía en la familia de su mujer, sino también por la influencia latinoamericana, especialmente de las reformas educativas argentinas desarrolladas por Sarmiento. El mismo Mauro Fernández Acuña indicaba que: sin escuelas normales donde se aprenden la ciencia y el arte de educar, no se puede contar con verdaderos maestros. Y fue justamente Mauro Fernández Acuña quien colocó al maestro y a la maestra en el centro de la idiosincrasia costarricense, como quería Láscaris, cuando ese ministro de educación sostenía que, si bien somos educados por todo lo que nos rodea, (tanto la naturaleza como la sociedad como lo psicológico), el factor indispensable para la educación es el maestro, que califica de “primer agente” educativo.

Señalan los citados De la Cruz y Salazar que:

Es a partir de la reforma educativa dirigida por el licenciado Mauro Fernández Acuña... que encontramos un sistema orgánico de formación de educadores en el país, cuya estructura se puede esquematizar dentro de lo que hemos calificado como un modelo técnico, concebido específicamente para la formación de educadores de nivel primario. Es decir, se cumple entonces, por primera vez, con las condiciones que nos permiten conceptualizar lo que es, en nuestro criterio, el modelo de formación docente. A partir de entonces en Costa Rica se encuentra un sistema permanente de formación de educadores, con los cambios y transformaciones que en los distintos momentos históricos van produciéndose.” (De la Cruz y Salazar, 2005: 205).

Apuntan también que el decreto de creación de la Escuela Normal que acompañaba la ley de educación promovida por Mauro Fernández Acuña, en su artículo primero expresa:

“Que los maestros serán para enseñar en las escuelas comunes de la Nación”.

## V. Conclusión

Hoy la oligarquía tardía que se ha apoderado del gobierno y las instituciones se diferencia notablemente de aquella oligarquía clásica de finales del siglo XIX. Si antaño eran nacionalistas ahora son profundamente antinacionalistas; si antaño concebían al Estado como rector de la vida política, social y económica, ahora solamente debe garantizar la seguridad de los mercados oligopólicos. Si el Estado era consustancial con la Nación y la sociedad, ahora se abjura de él. Se restaura con fuerza el estado confesional católico; la iglesia llena los vacíos que deja “lo nacional” -conforme se le expulsa de la enseñanza y la vida. La educación es preferentemente religiosa en primaria y secundaria, incluso la pública. La Iglesia Católica junto con otras entidades cristianas ha venido a cubrir los vacíos dejados por el Estado al ser desmantelado por los actuales oligarcas, sobre todo en educación. El ministro de educación debe tener la venia de la Iglesia Católica, y así hemos visto en el pasado reciente, por ejemplo, como un distinguido profesor del Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional (UNA), filósofo y diputado, no pudo ocupar ese puesto por pertenecer a una rama cristiana no católica. Costa Rica es prácticamente uno de los pocos países de la región que oficialmente es “católico”, incluso en la educación pública hoy predominan visiones y posiciones filosóficas y educativas de esa orientación religiosa. Con las lamentables consecuencias de “doble moral” e “ignorancia interesada” (es decir, utilización...) de dimensiones claves de la humanidad como la sexualidad y la participación política democrática (esa iglesia es teocrática).

Entiendo, para el caso de Mauro Fernández Acuña, algún posible (heurístico) “discurso humanista”, como referido a “lo que no ha sido aún”, esto es, lucha contra la ignorancia, el dogmatismo, la superstición, el engaño, y el autoritarismo. En este sentido Mauro Fernández Acuña sería “un humanista”. Apoyándose en esa filosofía progresivista y evolucionista emanada de Inglaterra y Francia, conjuntamente con influencias españolas krausistas y argentinas sarmientinas, impulsó cambios en la educación costarricense que establecieron las bases de la nacionalidad durante la primera mitad del siglo XX. Nacionalidad caracterizada por los ideales de educación como fundamento del “progreso” o del “desarrollo” (conceptos hoy más que discutibles, por lo demás).

Como sabemos, y para terminar, se ha postulado la centralidad de la educación en los procesos históricos latinoamericanos, tanto durante las épocas de la oligarquía clásica, como durante las épocas de la República Nacionalista Populista que la siguió. En Costa Rica también, la educación fue considerada como central en la definición misma de la nacionalidad, y Mauro Fernández Acuña contribuyó decisivamente a ella.

## Bibliografía

Azofeifa, I. (1975). Don Mauro Fernández: teoría y práctica de su reforma educativa. San José:

Fernández.

Barahona, L. (1976). *La Universidad de Costa Rica (1940-1973)*. San José: EUCR.

Contreras, G. (1990). *Educación y reforma universitaria*. San José: Guayacán.

De la Cruz, V y Salazar, J. (2005). *Historia de la educación costarricense*. San José: EUNED.

Facio, R. (1955). Prólogo a la obra de Rafael Obregón Loría, *Los Rectores de la Universidad*

- de Santo Tomás de Costa Rica. San José: EUCR.
- García, J. (1920). Repertorio Americano, 1: p. 259.
- Láscaris, C. (1965). Historia de las ideas en Costa Rica. San José: Editorial Costa Rica.
- Mora, A. (1992). Historia del pensamiento costarricense San José: EUNED.
- Quesada, J.R. (2005). Un siglo de educación costarricense, 1814-1914. San José: UCR- Cuadernos de Historia de las Instituciones de Costa Rica, N.23.
- Rodríguez, R.J. (2009). Mauro Fernández y la secularización del pensamiento costarricense. [http://www.geocities.com/publicaciones\\_rjrr](http://www.geocities.com/publicaciones_rjrr)
- Rodríguez, E. (2001). Cinco educadores en la historia. San José: EUNED.
- Sánchez Rubio, D. (2003). Precisiones e (im)precisiones en torno a la intervención humanitaria y los derechos humanos. Cuadernos de Estudio N.21. Heredia: Escuela de Relaciones Internacionales.
- Saxe Fernández, E. (1999). La nueva oligarquía latinoamericana: ideología y democracia. Heredia: EUNA.
- Tovar, R. (1913). Don Mauro Fernández y el problema escolar costarricense. San José: Tipografía Alasina.
- Valverde, H. (1978). Mauro Fernández Acuña: pensamiento y acción del reformador de la enseñanza costarricense. Tesis de licenciatura en filosofía, UCR, Facultad de Letras, Escuela de Filosofía.